

ESTE PERIODICO  
se publica  
LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. ftes.

POR TRIMESTRE ADELANTADO

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION  
y Administracion

RICALA, NUM. 88

A DONDE

SE

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES FTES.

# EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

## LOS DEFENSORES DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Es un fin patriótico, y no un pensamiento de especulación, el que nos ha movido á crear esta Galería, en que irán apareciendo los retratos de los militares que se hayan distinguido en la guerra. Por eso hacemos verdaderos retratos, de que no podemos ser pródigos, como lo podríamos ser si solo hiciésemos figuras caprichosas, sin arte ni parecido.

Tampoco hemos pensado dar retratos de los Voluntarios, porque en ese noble cuerpo, á que nos gloriamos de pertenecer, no concebimos diferencias personales, fuera de los actos del servicio. Para nosotros, tan acreedor es á la celebridad el simple Voluntario como el Jefe del Batallón; desconocemos las distinciones donde todos los hombres son igualmente notables por su patriotismo, y no siendo posible dar los retratos de los sesenta ó setenta mil Voluntarios de la Isla, renunciaremos á la idea de dar los de unos cuantos, con lo que haríamos á unos de peor condicion que otros.

Cuando se presente la ocasion de distinguirse algun compañero por un acto especial, co-

## GALERIA DEL MORO MUZA.



SEÑOR BRIGADIER DON LUIS ANDRIANI.

mo sucedió en el caso de la protesta de nuestro digno camarada el Capitan Gener, haremos lo que entonces hicimos; pero fuera de esos casos, repetimos que esta Galería, por lo mismo que no se ha debido á pensamiento alguno de especulación, queda consagrada á los militares, no porque no tendríamos mucho placer en dar á conocer á todos nuestros compañeros de armas los voluntarios de toda la Isla, sino por no hacer indebidas distinciones y ser imposible la publicacion de sesenta ó setenta mil retratos, sobre todo, si estos habian de ser retratos verdaderos, como los que publicamos nosotros.

Hoy tenemos el gusto de ofrecer á nuestros favorecedores el del Sr. Brigadier D. Luis Andriani, á quien cordialmente damos la mas cumplida enhorabuena, por el entorchado con que el Gobierno Supremo acaba de recompensar sus buenos y dilatados servicios.

LA REDACCION.

## LOS ORGANILLOS Y LOS ORGANILLEROS.

Sí, señores, mucho se habla en el día, y mucho se declama contra la vieja tiranía y contra los que han inventado medios de destruir á los hombres. ¿Qué no se ha dicho ya de los gobier-

nos que no concedieron á los ciudadanos los derechos reclamados por la moderna democracia latina, incluso el de vivir sin trabajar, y contra los que han introducido innovaciones en el arte de la guerra, desde el inventor de la pólvora hasta el del fusil de aguja?

Y sin embargo, nada se dice contra el inventor del organillo, mil veces mas enemigo de la humanidad que los inventores de la pólvora, del fuego griego, de los cañones rayados, de los fusiles de última moda y aun de las balas explosivas, ni contra los organilleros, en comparacion de los cuales fueron niños de teta los mas feroces emperadores de Roma y los mas inelementes califas de Bagdad.

Esto consiste, sin duda, en la confusion que reina en las ideas, respecto á la significacion de las palabras libertad y derecho, que no han llegado á definirse, lo cual no impide que por ellas se esté constantemente vertiendo sangre humana en descabellados trastornos sociales.

¿Qué es derecho, y qué es libertad?

¡Ah, lectores! Si yo tuviera uno de esos títulos, que á nadie dan lo que le ha negado la naturaleza; pero sin los cuales pasa por lego, y aun leguleyo, el que no los tiene, aunque muestre saber mas que muchos de los que han alcanzado esos títulos, que no dan á nadie lo que la naturaleza le ha negado, ¿con qué ínfulas diria lo que siento! Pero me faltan los indicados títulos, y así, he de exponer humildemente mis opiniones, diciendo: que el derecho, segun hombres muy doctos, es la facultad de hacer, gozar, disponer y aun exigir lo que nos corresponde, conforme á las leyes y costumbres, ya en nuestras relaciones con el Estado, ya en nuestros convenios con los particulares, como es la libertad el derecho que tiene cada cual de hacer cuanto se le antoje y no envuelva perjuicio de tercero.

Pero se me dirá: si tú confiesas que la libertad y el derecho han sido definidos por hombres doctos, ¿cómo aseguras que esas cosas no han llegado á definirse? A lo cual contesto diciendo: creo que las definiciones que los hombres doctos han dado del derecho y de la libertad son incompletas, y que seguirán siéndolo, mientras no determinemos bien la línea que separa el uso del abuso, mientras no semarquemos rigurosamente los límites que deben circunscribir las acciones individuales. ¿Qué nos importa, por ejemplo, saber que el perjuicio de tercero es el límite de la libertad civil de cada ciudadano, si ese límite no se ha fijado con bastante precision matemática para impedir el abuso del derecho?

Para muchos, el citado perjuicio solo tiene lugar cuando se daña materialmente á los mortales en sus personas é intereses, y de ahí la frecuencia con que vemos el libertinaje practicado por individuos que blasonan de conservadores, como es frecuente ver el despotismo ejercido por demócratas de los mas furibundos.

Otra vez habrá quien me interrumpa pre-

guntando: ¿y qué tiene que ver todo eso con los organillos y los organilleros?

¿Pues no ha de tener? exclamo yo, que estoy echando los bofes contra los organillos y los organilleros. Acaso, ¿no envuelve perjuicio de tercero el tocar el organillo por las calles á todas horas del día y á muchas de la noche, y el derecho de tocarlo no anula ó deroga otros muchos derechos que creíamos tener los ciudadanos tranquilos?

Por de pronto, no me negará nadie que dos amigos que se encuentran en la calle, tienen el derecho de detenerse, no interrumpiendo el tránsito, y enterarse mutuamente de la salud de las familias respectivas, ó tratar de sus negocios. Pero, cuando llegan á lo mas interesante de la conversacion, ¿zas! se paran un organillero y sus acompañantes, y el uno haciendo brotar del instrumento atronadoras armonías, y los otros ayudando al efecto musical con redobles y castañeteos producidos de mil maneras diferentes, obligan á los que querian hablar á irse á otra parte con la conversacion, siendo los filarmónicos impertinentes, los que debieran irse con la música á otra parte.

Luego, aunque uno sea tambien partidario de Euterpe, y quiera hacer uso de su derecho en su casa, no incomodando á los demas, ¿es dueño de conseguirlo? ¿Qué disparate! Siéntense ustedes al piano, si lo saben tocar, ya para recrearse con una buena composicion de Gottschalek ó de Chopin, ya para cantar una tierna melodía de cualquier autor, si son cantores, y verán como, á lo mejor del recreo ó del estudio, tienen que renunciar á su derecho, por habérsele antojado á un desalmado organillero detenerse en la calle y decir: ¡aquí estoy yo, dispuesto á no consentir en todo el barrio mas música que la mía!

En efecto, el hombre suelta un vals, luego una danza, despues un zapateo, mas tarde una galop, y vuelta á empezar, todo con bien ruidoso acompañamiento, y ustedes se ven en la precision de abandonar su piano ó su canticio, todo porque un organillero cree ejercer un derecho al anular el que tiene todo el mundo de hacer en su casa lo que le convenga ó acomode.

¿Pues y el derecho al trabajo mental? ¿Habrá quien sea capaz de negarlo? ¿De qué viven el tetrado, el literato y otras muchas personas, sino de ese trabajo? ¡Ah! Neron, si resucitase y volviese á ocupar aquel trono desde el cual hizo temblar al mundo, se guardaria bien de prohibir á los hombres leer ó escribir, máxime cuando la lectura ó escritura fuesen sus medios licitos de ganar la vida. Pero lo que no haria Neron, lo hace cualquier organillero, parándose en la esquina de una calle y derramando bruseas armonías, que distraen la atencion del que lee ó escribe, poniéndole á veces en la imposibilidad de recoger en dos horas el hilo extraviado de una feliz idea.

¡Hombré, qué buena ocurrencia he tenido!.....

Perdonad, lectores; en el momento de ir á expresar la ocurrencia que acababa de tener, llegaron á mis oídos los ecos de un so-

noro organillo, acompañados por los chasquidos de no sé que otros instrumentos desapacibles, y se me olvidó lo que pensaba decir. Ya estoy cierto de tener música para dos ó tres horas, y por consiguiente, he perdido el derecho de trabajar durante la mañana. Veré si puedo reconquistar ese derecho á la tarde, y entonces daré fin á este artículo.

Ha llegado la tarde, y tengo el gusto, lectores, de participaros que almorcé con música, como los reyes; pero despues quise dormir la siesta, creyendo de buena fe que el dormir era uno de los derechos de que nadie podia privar á un ciudadano. ¡Tontería! El organillero, que es el mas terrible de los despotas hasta hoy conocidos, adivinó, quizá, mi propósito, y se empeñó en hacerme ver que, si mi derecho á dormir no le puede á él impedir el derecho á tocar, su derecho á tocar puede privarme á mí del derecho á dormir, y la demostracion no diré que ha sido satisfactoria, porque maldito si con ella he quedado yo satisfecho; pero sí debo confesar que ha sido concluyente, porque yo no he dormido ni un instante, y el organillero ha estado tocando todo el tiempo que le ha dado la gana.

Si sigo así, voy á caer enfermo; pero ¿qué digo? ¿tiene álguien el derecho de enfermar mientras no se fijen los límites de que antes hice mencion? ¡Oh! No hay duda, el derecho de enfermar lo tenemos todos: el derecho á curarnos es el que no podremos gozar mientras haya organillos y organilleros, y el silencio y el reposo sean esenciales al plan curativo.

Ahora mismo, tal vez por no haber dormido, siento una fuerte jaqueca, y ya que la necesidad de trabajar para vivir me imponga la obligacion de continuar este artículo, me convendria mucho disfrutar siquiera una hora de silencio. Pero ¡quién! El organillero ha vuelto á las andadas, convenciéndome de que mi derecho al sosiego y al trabajo son ilusorios ante el suyo, real y efectivo, de romperme el tímpano con sus sempiternas armonías. Dispensad, pues, lectores, si no concluyo como debía este artículo, y convenid en que jamás ha conocido el mundo invencion mas inhumana que los organillos, ni tiranos mas terribles que los organilleros.

EL MORO MUZA.

#### A ESTE PASO LA VIDA ES UN SOPLO.

Estoy conforme con mi difunto camarada *Frey Gerundio* en que el soplo tiene algo de divino, y en que su antigüedad es tan grande como la del mundo, segun nos lo hacen ver estas palabras del Génesis: *Spiritus Domini ferebatur super aquas*, y sobre todo, segun lo demuestra aquel pasaje del propio libro, en que se dice que, despues de haber Dios formado al hombre con un poco de tierra, de un *soplo* le animó, dándole vida.

Pero convengo tambien con el mismo mencionado autor en que, como no hay arma buena que no pueda emplearse en malos usos, el



demonio eligió la del *soplo* para sus fines, y tomó el oficio de *soplon* para perder las almas.

De esto se deduce que el soplo puede ser bueno y malo, según quien lo emplea, y hasta según también el modo de emplearlo; porque, insistiendo en acomodarme á las opiniones de *Fray Gerundio*, (Capítulo 90—Noviembre 9 de 1838,) creo, en efecto, que si el tañedor de flauta, que tan dulces melodías produce con el soplo moderado, sopla siempre con fuerza, no habría orejas que agnatasen su *chifloteo*.

Ahí tenemos, lectores, para corroborar estas verdades, los ejemplos que nos ofrecen el dios Eolo y las Musas. Cuando estas soplan, ¡qué satisfacciones, consuelos y alegrías proporcionan á los mortales! Pero cuando el otro es el que sopla..... justificado queda el dicho: «En un soplo se desvanecieron todas nuestras ilusiones,» y aun con razón se puede añadir á veces: «A este paso la vida es un soplo.»

Sin embargo, no siempre que dicho dios sopla lo hace para causar disgustos, y aun podemos decir que ¡pobres de nosotros, si dejase de soplar enteramente! ¿Qué sería de los navegantes, si á Eolo le diese por remedar á Baco ó á Sileno, con tanto primor como Aguilera los está imitando? Se pasaría todas las horas del día y de la noche sorbiendo, y como soplar y sorber no puede á un tiempo ser, no habría buque de vela que llegase al puerto de su destino. Pero, ¿qué digo los navegantes? Nosotros mismos, cuando estamos en tierra y vemos reinar la calma chicha que nos anonada, deseamos que el dios citado tenga piedad de nosotros y nos sople un poco, aunque sea por la parte del Sur; porque menos malo es el dolor de cabeza que dicho soplo nos produce, que la asfixia consiguiente á la total carencia del alimento de los pulmones.

Si Eolo tuviera juicio, si sopla siempre con pausa y medida, si del oficio de *soplador*, con que tanto bien hace á los hombres, no cayera en el vicio de *soplon*, que es de los mas repugnantes y odiosos, ¡ah!, Eolo llegaría á ser el mas estimado de los dioses que nos legó el paganismo; pero el muy alma de cántaro es tan caprichoso y hace tan mal uso de sus facultades, que suele pasarse grandes temporadas sin dar señales de vida, ó lo que es lo mismo, dedicándose á la *huelga*, como los obreros socialistas, y luego, creyendo que con una brutal compensación puede indemnizarnos de las angustias que nos ha hecho pasar en los días de calma, quiere soplar de mas en algunas horas lo que ha soplado de menos durante semanas ó meses, con lo que, en vez de uno solo, nos hace dos flacos servicios.

Precisamente acabamos de experimentar los tristes efectos de la desigualdad con que trabaja el dios Eolo, en el terrible temporal que hemos sufrido, pues el temporal es lo que, á guisa de compensación por los días de huelga, nos ha traído el tal Eolo, y aquí dejaremos el tono de broma que habíamos dado á nuestro artículo, porque los desastres que tenemos que lamentar no consienten ese

tono, ni el sentimiento que nos embarga nos dejaría emplearlo, aunque quisiéramos seguir acomodándonos á las exigencias de la publicación festiva en que escribimos.

¡Qué desgracias tan terribles tenemos que deplorar, amados lectores! Afortunadamente, los que vivimos en la Habana hemos librado mejor de lo que esperábamos. Algunos edificios públicos y particulares han padecido mas ó menos; hemos visto arrancados de raíz árboles corpulentos, que no se reemplazarán en muchos años, y ha habido otras pérdidas materiales de alguna consideración, tanto en la ciudad como en la bahía; pero el temporal ha respetado nuestras vidas, por lo que podemos dar gracias á la Providencia.

En cambio, lectores míos; ya por los diarios estareis enterados de los estragos que el huracan ha causado en la bella ciudad de los dos ríos y en otros puntos, destruyendo las vidas de millares de infelices y la riqueza de jurisdicciones enteras, lo que lleva consigo la aflicción de la miseria á que se ven expuestas innumerables personas, que han perdido sus bienes ó el apoyo de los seres queridos que las sustentaban.

¡Almas filantrópicas! digamos al llegar aquí; esta es la ocasión de ostentar los nobles sentimientos de que siempre habeis hecho sublime alarde. No se trata de enriquecer á nadie. Hay que pensar en algo mas grande, mas urgente, mas obligatorio para la humanidad, y es en favorecer á masas numerosas, en dar pan y vestidos á poblaciones enteras que, habiendo quedado en la desunión, se ven amenazadas por el hambre. Ha llegado, en fin, el instante supremo de ejercer la caridad con multitud de seres, ayer holgados y contentos, hoy huérfanos y desvalidos. Que cada cual mida sus fuerzas y haga, no lo que pueda buenamente, sino un poco mas de lo que pueda, porque la situación es extraordinaria, y por lo mismo, demanda esfuerzos extraordinarios. Así es como los que hemos escapado del peligro sin lesión en nuestras personas é intereses debemos probar que merecíamos los favores con que la suerte nos ha distinguido.

Tal es nuestra creencia, lectores, y solo para exponerla hemos escrito este artículo, que, desbarajustado como lo veis, lo tendremos por la mejor de nuestras producciones literarias, si con él llenamos el objeto que nos propusimos al tomar la pluma; el de contribuir eficazmente á enjugar las lágrimas de muchos de nuestros semejantes.

AMURATES.

#### TAMPICO, PARIS Y LONDRES.

Cada vez que yo veo comparado al General Theremin, que ha volado la ciudadela de Laon, con los defensores de Sagunto y de Numancia, me acuerdo de un honrado vecino de Tampico que, enseñándome la ciudad (que recorrimos en veinte minutos) y oyéndome alabar su topografía, única cosa que podía ocurrírseme celebrar en aquella población, se entusiasmó tanto el buen hombre, que, en un raptó de pasión por el lugar

donde habia tenido la dicha de nacer, me dijo muy serio: «Efectivamente, señor, yo no he salido de aquí nunca; pero, según las relaciones que he leído en obras de muchos viajeros, empiezo á creer que las tres ciudades mas importantes del día son Tampico, Paris y Londres.»

Y como ustedes ven, el amigo ponía su ciudad natal en primer término, para que yo no creyese que era igual ó inferior á las capitales de Francia ó Inglaterra.

El espíritu de localidad explica tan bien esas cosas, que aun no desespero yo de ver en los periódicos franceses antepuesto el nombre de Laon á los de Numancia y Sagunto. Pero ¿qué sucederá? Que todos los que vean esa mezeclanza de nombres, cuando de hechos heroicos se trate, se quedarán como yo me quedé al oír que habia quien creía de buena fé que Tampico, Paris y Londres eran las tres ciudades mas importantes del siglo XIX.

¿Qué hay de comun, pregunto yo, entre lo de Laon y lo de las dos ciudades antiguas de nuestra querida España, que el mundo entero cita y estará citando siempre como asombrosos ejemplos del patriótico heroismo? ¿En qué se parece el general Theremin á los leales defensores de Sagunto y de Numancia?

Estos prefirieron quemarlo, destruirlo todo y perecer antes que entregarse á los enemigos de la patria, y el general Theremin ha hecho lo mismo; pero los saguntinos y numantinos no habian capitulado cuando hicieron las proezas que les han inmortalizado, no engañaron á nadie, celebrando convenios que no habian de cumplir; no tendieron lazos indignos á los contrarios á quienes combatian noblemente, y la plaza de Laon se habia rendido, se habia entregado en virtud de una capitulación, cuando al general Theremin se le ocurrió volar la ciudadela. Es, pues, un acto reprehensible, una felonía lo que se quiere poner á la altura de los mas sublimes sacrificios patrióticos que registra la historia; y ni la moral ni las mismas leyes de la guerra consienten que sobre esa pretensión se guarde silencio.

Por eso protesto yo, que no soy *franco* ni *pruso*, y hasta creo que protestará el pueblo francés, porque no quiero atribuir al carácter de una nación siempre valiente lo que me parece fruto de la escuela napoleónica, que es la que no ha mucho tiempo aplaudió la infracción del tratado de la Soledad, y tuvo por grande hazaña el haber acometido un escuadrón imperial, sin previa declaración de guerra, al piquete de caballería mejicano que acompañó á la señora del general Prim desde Orizaba hasta el Chiquihuite.

¿Qué carácter tomarían las contiendas internacionales ó civiles si prevaleciese la napoleónica, ó maquiavélica, teoría de que se puede llegar á los fines sin reparar en los medios? Eso dígalos el mundo. Por mi parte, cada vez que vea citado el hecho de Laon como parecido á los de Sagunto y Numancia, lo que pienso hacer es contentarme con decir: «Efectivamente: las tres ciudades mas importantes de nuestra época son Tampico, Paris y Londres.»

MIRAMOLIN.

EL TEMPORAL EN LA MANIGUA.



Al Presidente se le escapa la silla.



Y al ministro de la guerra el entusiasmo y la esperanza.





**EL NUEVO DILUVIO Y EL NUEVO NOÉ.**

--Ya van refugiándose los manibises en el arca, por parejas, para que no se pierda la especie. Hola! los de Cayo Hueso parece que se hallan algo apurados! Nadad hacia esta costa, hermanos. que aquí hay lugar para todos.

## UNO DE TANTOS.

—¿Antonia.....! ¿Antonia.....!

—Aquí estoy, D. Eduardo.

—Vamos, mujer, parece que estás sorda; hace dos horas que me desgañito llamándote.

—¿Y qué se le ocurre á usted, para llamarme con tanta prisa? El cuarto está arreglado y no creo que falte nada en él.

—Nó, nada falta en el cuarto, tienes razon; pero á esta camisa le falta un boton, y es necesario que se lo pegues al momento. Mira, en cuanto esté el boton, quita el polvo á aquella levita, mientras yo me aseo. Quiero ir muy elegante esta noche. ¿Entiendes, Antonia? ¡Muy elegante! Con los trapitos de cristianar. Del golpe que yo dé esta noche, depende mi felicidad futura; conque así, es necesario que te esmeres en mi *toilette*. Si te llama la patrona, dile que estás ocupada conmigo.

—¿Y por qué depende de esta noche su felicidad de usted?

—Voy á ser presentado á una linda muchacha, que me gusta mucho y es muy rica. Despues iré á ver á mi amor, á mi adorado tormento, á mi querida Julia.

—¡Ay!

—¿Qué es eso, mujer?

—Nada, que me he pinchado un dedo con la aguja.

—No hagas caso, que eso cae por fuera. Mira, ten cuidado no vayas á manchar la camisa, que quizá no haya otra limpia. Restaña bien la sangre, y sigue adelante con la pegadura del boton. Admiro la ocurrencia que has tenido de venirme á pinchar, cuando tienes entre manos mi camisa.

—Pues por eso es, precisamente, por lo que me he pinchado, porque estoy cosiendo.

—Yá; pero podías haber esperado para pincharte á que estuvieras cosiendo la camisa de otro y no la mia. Ya sabes que tengo prisa.

—Sí, ya lo sé.....

—Antonia.

—¿Qué quiere usted?

—Mujer ¿no te he dicho que voy á ver á mi amor despues de ser presentado á otra belleza á quien pretendo?

—Si señor, ya lo sé, y tambien sé que no hay en el mundo hombre que tenga mas frescura que usted para todo.

—No lo creas, que tengo mucho calor: por un lado me estoy lavando y por otro sudo. ¡Uf, qué clima este!

—No hablo yo de la frescura que usted cree.

—¿Pues de cuál.....? Ea, venga la camisa y márchate, mientras me la pongo; no se vaya á resentir tu pudor si lo hago delante de tí.... Conque, decias que la frescura.....

—Sí, señor: la frescura que usted tiene para decirme las cosas que me dice. ¿Le parece á usted que está bien el decirme en mi misma cara que tiene una novia y que ademas va á pretender otra?

—¡Oh! Si vieras esa otra, te morias de gusto.

—No, pues no quiero verla.

—Peor para tí. Tú no sabes lo que es una pasion, Antonia.

—¿No lo sé, eh? ¿Tan pronto se ha olvidado usted de la que le tengo?

—Ah, es verdad: pero no llores por eso, mujer.

—¿Usted tiene novias despues de haberme entregado ese corazon?

—¿Cuál, el de las novias, ó el mio?

—El de usted.

—Tienes razon, chica; te entregué mi corazon, es verdad; pero como, á pesar de habértelo entregado, me encuentro con que lo tengo, nada de extraño tiene que se lo entregue á otra, y lo siga entregando á ciento, hasta que me quede sin él. Es un mueble que maldita la falta que me hace.

—No me decia usted eso cuando me pretendia.

—Tienes razon; pero es necesario que comprendas lo que han variado las circunstancias, y la gran diferencia que hay de cuando se pretende á cuando ha pasado el tiempo de las pretensiones. Yo te haré ver.....

—No señor, no hay necesidad de que Vd. me haga ver nada. Demasiado lo veo yo todo.

—Vamos, mujer, ¿qué es lo que tú quieres de mí?

—Su mano.

—¿Mi mano! ¿Y qué vas tú á hacer con mi mano?

—¿Toma! Que sea usted mi marido.

—¿Tu marido! Mírame seriamente, Antonia. ¿Tú has reflexionado bien lo que dices?

—¿Vaya si lo he reflexionado!

—Pues entónces, comprenderás.....

—Sí, ya se lo que Vd. va á decirme; que Vd. es un señorito y yo soy una pobre criada.

—Cabalmente no te lo habia querido decir por no herir tu susceptibilidad.

—Sí, pero ántes.....

—Dale con ántes. No todos los tiempos son iguales, Antonia.

—Sí, ya lo veo.

—Cuando tú comprendas la sed de amor que hay en este corazon..... ¿Por qué no habia uno de tener todas las mujeres que le gustan! Mira, si yo fuera un Bajá, siquiera de siete colas.....

—¿Jesus! ¿y para qué queria Vd. tantas colas, señor?

—¿Toma! para tener una mujer por cada una de ellas.

—¿Y qué iba á hacer usted con tantas mujeres?

—Tienes razon. Mi amigo Enrique que hace un año que se casó, dice que no puede aguantar á su mujer. Si esto le sucede á él con una sola, ¿qué diablos me iba á suceder á mí con tantas?..... Ea; ya estoy listo, adios: sabes que te quiero siempre.

—Sí, buen cariño está, y se va usted á ver á otras.

—No importa; eso es por la parte afuera, pero aquí en casa solo tú imperas en mi corazon. Tú eres mi amor casero, mi pasion íntima. ¡Ay, Antonia! Si yo tuviera con las otras la misma intimidad que contigo...

—Eso quisiera usted; que todas fueran tan *fríjilis* como yo.

—¿Tan *fríjilis*?..... Tan..... vamos, te iba á decir lo de aquel confesor.

—¿Y qué es?

—Nada. Dobleemos la hoja.

—Pero ¿usted se casará con ella?

—¿Con Julia? Me parece que no, y sin embargo, ¡la quiero tanto! pero es pobre y... ¡Oh! la otra, esa sí que..... Adios, Antonia, adios.

Eduardo se marcha, y Antonia queda sollozando. ¿Qué le importa? Le esperan para ser presentado á una belleza por quien suspira, y nada se le dá de que en casa suspiren por él.

Cuentan que fué presentado á ella, y cuentan que ella no quedó disgustada de aquella visita. Y cuentan tambien..... Pero no, eso lo contarán mas adelante, porque el contarlos ahora seria precipitar los sucesos y todavia quedan por llenar dos cuartillas. Visitó despues á Julia y estuvo con ella todo lo estre-moso que puede darse. No hay como salir satisfecho del lado de la mujer que se pretende, para estar rendido y obsequioso con la novia que se tiene.

Pero yo no sé quien me mete á mí á hablar de cosas que no entiendo. En la vida he podido tener mas de una novia, y esa no completa. Y digo no completa, porque no sé que haya mortal masculino en este mundo que pueda vanagloriarse de haber poseido por completo á una mortal femenina. Lo mas que suelen dar ellas es la mitad de su corazon. Verdad es que yo conozco algunos que no dan ni siquiera la cuarta parte. Dígalos si no Eduardo. Pero volvamos á él.

Y ya que con diálogo se empezó, continuemos del mismo modo.

—¿Me amas, Julia?

—¡Oh! con idolatria, Eduardo.

Sea dicho entre paréntesis, que esta pobre habia entregado su corazon por completo: así le darán el pago.

Continúa el diálogo.

—Cuan feliz soy, dijo él.

—Y tú ¿me quieres mucho? dijo ella.

—Pregunta escusada, mi bien. Sabes que mi amor no tiene límites, y me parece que las repetidas pruebas que de él te doy, no te dejarán duda alguna; pero las mujeres... ¡Oh! las mujeres no saben amar como nosotros.

—¿Qué estás diciendo, Eduardo? ¿Por qué esa duda de nosotras? Yo hasta ahora no he conocido mas amor que el tuyo; de manera que no puedo juzgar si los hombres son constantes ó no: que lo seas tú es cuanto mi corazon ambiciona, y lo demás me importa muy poco. Cuando oigo á mis amigas hablar de novios y de inconstancia en ellos, me quedo espantada, porque no he tratado mas hombre que tú y en tí he visto siempre amor y constancia.

—¡Oh, mucho, mucho te amo, ángel querido!

Eduardo se despide, dejando á Julia mas enamorada que nunca, y llega á su casa donde le espera Antonia. Esta es la que siente las consecuencias de lo bien que le ha ido á Eduardo en sus dos visitas. Necesita encon-



trar á quien hacer partícipe de sus alegrías, de su satisfacción, y, por carambola, recibe Antonia todas las confidencias con todos los halagos destinados para las otras.

Como hay gente bastante aficionada á dar malas noticias, cuentan que un día le dijeron á Julia que Eduardo visitaba con frecuencia á una muchacha muy bonita y muy rica. Julia dió á esto poca importancia; pero otro día le dijeron que estaba Eduardo en amores con aquella niña, y á esto ya le dió alguna mas importancia. Finalmente, llegó otro día en que le dijeron: Mañana se casa Eduardo; y esto se lo decían precisamente en el momento en que Eduardo se acababa de separar de ella. ¿Cómo dar crédito á semejante noticia! Sin embargo, sintió algo en su corazón, y se decidió á contárselo todo á Eduardo, cuando fuera al día siguiente, pero no tuvo tiempo. Aquella misma noche le anunciaron que á la mañana siguiente y en la próxima iglesia era el casamiento de Eduardo, el que había de pasar por casa de ella precisamente para ir á la que debía habitar el matrimonio. Julia no durmió aquella noche. Bien de madrugada se puso á la reja. No sabía lo que le pasaba; pero estaba tranquila en la apariencia. Dieron las seis de la mañana y el ruido de muchos carruajes le hizo volver la cara hácia la parte de la iglesia. Poco despues, por delante de su casa, frente á ella misma, pasaron ocho ó diez carruajes. En el primero iban los novios con los padrinos. Eduardo acababa de casarse con la jóven rica á quien fué presentado algunas noches ántes.

—¿Lo ves como era cierto? dijo á Julia su amiga, que la había acompañado aquella noche, quizá con la sana intencion de gozarse en su desgracia.

Julia no contestó; se retiró de la reja y lanzó una carejada que dejó atónitas á su madre y á su amiga; dió tres paseos por la sala y cayó desplomada en el pavimento. Cuando acudieron á socorrerla no hallaron mas que un cadáver. Julia había dejado de existir.

Eduardo no se había contentado con casarse y abandonar á la pobre Julia; le fué necesario, para coronar su obra, hacer alarde de su infame accion, pasando por delante de la casa de aquella infeliz, y segun se supo despues, él había mandado la amiga para que llevara la noticia, con objeto, sin duda, de que Julia se asomara y lo viera.....

Cuando un hombre da á otro una puñalada, aunque tenga razon para ello, á este hombre se le llama asesino, como lo es en realidad. La ley lo juzga y lo condena á que espie su crimen en un presidio ó en el patíbulo. Pero nadie se ocupa de un asesinato como el cometido por Eduardo. Asesinato á sangre fria y con premeditacion. Estos crímenes no los castiga la ley, y en cuanto á la sociedad..... ¡oh! la sociedad..... quizá para ella es un timbre mas que lleva aquel hombre. Para las mujeres suele hacerse interesante, y para los hombres..... estos suelen decir: ¡qué partido tiene fulano! Dejemos

esto, toda vez que no podemos arreglar el mundo.

Y á Antonia ¿qué le sucedió? Esta tenia la epidermis mas dura que Julia y dijo: «A rey muerto, rey puesto.»

CIDE HAMETE BENENGELI.

## EL ALFILER Y LA VEJIGA.

### APÓLOGO.

Allá en el tiempo en que hasta el pan hablaba,  
Por mandato especial del gran Esopo,  
Llenando con afán de viento estaba  
Un chico muy galoposo  
Una vejiga repugnante y sucia  
Que se encontró en el cieno,  
Y que sin grande astucia  
Consiguio henchir y atar sin dejar seno.  
Si ya al sentirse la vejiga inflada  
Rindió al orgullo su falaz cariño,  
Aun mas desatinada  
Y mas veloz que el niño,  
De su hábita victoria  
Al verse satisfecho,  
Es tan antiguo el hecho.....  
Que ni vestigio queda en mi memoria.  
Recuerdo solamente  
Que á su infantil placer siguió el hastío,  
Y tiró friamente  
De mofético olor aquel vacío;  
Y habiendo, acaso y al azar rodado,  
La vejiga altanera,  
Junto á un chico alfiler que en una estera  
Había ignorado,  
Orgullosa le habló de esta manera:  
«No puedes alternar ni hablar conmigo;  
«Busca otro asilo de tu misma estofa,  
«O si nó, un enemigo  
«En ti veré. Me servirá de mofa  
«Tu abyección, y si algun día  
«Me quisieras hablar, es por escrito  
«Por lo que pasa la grandeza mia»  
Aun mas le dijo; pero yo lo omito.  
Callóse el alfiler, dióle un pinchazo;  
Y ella perdiendo con presteza el viento,  
Nada mas que un pedazo  
De tripa volvió á ser por su locura.  
Vióla un erido; la barrió al momento,  
Y la que fué de vanidad hechura  
Al barril fué á parar de la basura.

Esto te enseñará, lector amado.  
Que no debes tratar ningún finchado.  
Y á los que sin razon se hartan de viento  
Que lograrán al fin..... lo de mi cuento.

FRANCISCO DE P. ROCA.

## MAÑANAS DE LA GRANJA.

### (CONCLUSION.)

Réstame tan solo desvanecer la preocupacion tan generalmente arraigada, de que la ociosidad, la indolencia, el *dolce far niente* de los italianos, la *nonchalance* de los franceses es un vicio que degrada al hombre.

Brevemente demostraré el error en que incurren los que así opinan.

El tipo del hombre perfecto, tal cual salió de manos de su Criador, es, sin género alguno de duda, nuestro padre comun Adán; así como la vida mas deliciosa que imaginarse puede es la que, en union con Eva, pasaba en el Paraíso.

¿Y á qué trabajos mentales ni corporales se entregaban estos tipos de perfeccion?

Dispensada ella de la ominosa tarea de la calefacción, del pespunte, el bordado ó el hilvan; libre él de pleitos, guerras y enfermedades, pasaban sus horas en la mas dulce ociosidad.

El día en que, ingratos, pecaron, se alzó terrible ante su vista el cruel fantasma del trabajo, y se les impuso á ellos y á su descendencia el severo castigo de ganarse el pan con el sudor de su frente.

¿Y porqué ha de reprenderse á aquellos de sus hijos que, mas cuerdos que los otros, aspiran á libertarse del trabajo y á crearse un paraíso, aunque transitorio, en que reine, como en el antiguo, la diosa de la ociosidad?

El trabajo ¿no es una pena?

¿No es un acto de cordura en algunos condenados el solicitar el indulto?

Degradada sensiblemente la raza humana, la generalidad de los seres que la componen han querido deificar el trabajo, y han llegado á promulgar una absurda ley de vagos que comprende desde su primer hasta su último artículo á Adán y Eva, esos tipos de perfeccion antes de su caída.

Lejos de exclamar: «la ociosidad degrada» los moralistas han debido decir: «el trabajo es un castigo.» ¡Feliz aquel cuyos padres, reuniendo una gran fortuna, han conseguido indultarle de esa pena! ¡Feliz aquel que puede entregarse á la pristina ociosidad de que gozaban nuestros primeros padres!

Mas aun en favor del *dolce far niente*: cuando el Criador ha querido favorecer á un pueblo, ¿qué ha hecho? Ha dejado caer una lluvia de maná por espacio de cuarenta años, de manera que todo el trabajo de sus hijos predilectos se hallaba reducido á la mínima expresion de abrir la boca mirando al cielo.

No quiero poner otros ejemplos históricos por una razon muy óbvia.

La erudicion es el colorete de los tontos.

Por otra parte, basta considerar lo que pasa en nuestros días, para convencerse de que no hay ser racional, ó irracional, cuyas vehementes aspiraciones no tiendan á la ociosidad; incluso los moralistas que declaman contra ella, incluso los economistas que deifican el trabajo, y que han inventado su division para echar la carga á hombros ajenos.

Empiezo por los irracionales.

El asno humilde, que dá pausadamente vueltas á una noria, camina confiado en que cada paso le aproxima á la cuadra, donde le esperan, ademas de los gocees inefables del pienso, el placer sin amargura de reclinarse en la tierra y revolcarse voluptuosamente en el polvo.

La golondrina afanosa cruza con vuelos rápidos los aires, roza sus alas con los cristales del arroyuelo, y en la blanda tierra de los recién levantados surcos, porque sabe que el barro que á sus plumas se adhiere, amasado con su pico, ha de formar el nido en que descansará con su futura familia.

Paso á los racionales.

¿A qué aspiran el comerciante, el abogado, el militar, el navegante, el literato?

¿Qué causa misteriosa les anima á entregarse á penosas tareas? ¿Qué idea les fortalece en instantes de desaliento?

Todos ambicionan, como ahora se dice, hacer fortuna ó crearse una posicion.

El comerciante se propone, como término de sus afanes, construir un magnífico palacio y pasear en el Prado con una elegante carretela.

El militar desea llegar á la mas alta graduacion, para disfrutar de un sueldo que se le concede para vivir en su casa y á su ma-



nera, bajo la especiosa frase de dejarle de cuartel.

Los insomnios del literato le hacen entrever un puesto en una biblioteca, que le permita contemplar las encuadernaciones de infinitos libros, que se guardará bien de abrir.

Por lo mismo el militar, el comerciante y el literato desean ardientemente la faja, la carretela, la biblioteca, para divorciarse el resto de sus días del trabajo.

La palabra *jubilacion* con que se designa el sueldo que se concede á un antiguo empleado, dispensándole de asistir á la oficina, proviene, sin duda alguna, del *júbilo* que resplandece en el rostro de los agraciados de esta manera.

El sacerdote mas virtuoso considera como premio de sus afanes las tradicionales dulzuras de la prebenda.

Siendo esto así, no se comprenden las declamaciones con que se persigue, desde hace dos siglos, á la clase mas favorecida del Estado, á nuestra aristocracia, que, salvas raras excepciones, ha tenido el buen sentido de entregarse á la mas envidiable ociosidad.

Los ricos mayorazguistas obran juiciosamente absteniéndose del trabajo. Desde que nacen tienen palacios, criados, carretelas, caballos de lujo. Es decir, poseen todo lo que los demas anhelan conseguir por medio del trabajo.

¿Para qué han de poner los medios, si ya han logrado el fin?

Los que tanto critican, los que elevan altares al trabajo, si ponen la mano en el corazon, si hacen exámen de conciencia, habrán de confesar que el móvil de su conducta es la aspiracion á la riqueza; y la riqueza, ahora y en todos tiempos, ha sido la compañera de la ociosidad.

Tal vez oponga alguno á estas reflexiones que no pocos hombres atermentan su imaginacion y exponen su vida por fines mas nobles que los goces materiales, por lograr la fama póstuma.

A estos siento decirles que en nuestra época ya no hay medio, á no ser un Napoleon, de dar alcance á este engañoso fantasma de la gloria.

La prensa ha hecho imposible la fama póstuma.

Desde que todo pícaro que muere es ensalzado á la par del hombre honrado; desde que cada cuitado que fallece es considerado como un génio; en una palabra, desde que todos son célebres, nadie puede aspirar á vivir en la memoria de las futuras generaciones, que no podran tener presentes á los innumerables estadistas de primer orden, filósofos profundos, pintores celeberrimos, poetas elevados, militares heroicos, cuyas oraciones fúnebres se estampan por docenas en los periódicos de todos los países del mundo civilizado.

En la actualidad se hace cómplice de tantas mentiras al papel, como en otros tiempos al mármol.

En resumen.

La ociosidad, conquistada por medio del trabajo propio, ó el de nuestros padres es el

sumo bien á que puede aspirarse en la tierra, y al que, con mas ó menos hipocresía, con mas ó menos franqueza, se dirigen todos los descendientes de los sublimes perezosos que habitaron el Paraíso.

El hombre mas dichoso es el que, libre de cuidados y rodeado de su familia, puede sentarse á la sombra de un árbol y contemplar los caprichosos celajes de la bóveda azulada, aspirando el humo de un habano y diciendo: *«Deus nobis hæc otia fecit.»*

VELISLA.

#### MISCELANEA.

*Lo mismo digo.* Un ciudadano ha hecho la observacion de que, mientras el Sr. D. Antonio G. Llorente, que con tanta firmeza ha defendido la *integridad nacional*, en el periódico de su nombre, se queja de haber sido injustamente separado de la direccion de dicho periódico, hay aquí quien afirma que el Sr. Llorente ha dejado por su propia voluntad la direccion mencionada, y el ciudadano que ha hecho la observacion pregunta: *¿en qué quedamos? á lo cual contesto yo: lo mismo digo.*

Dicen que M. Laboulaye ha extrañado que los prusianos, cuya marina es inferior á la francesa, se atrevan á sitiar á Paris, y eso se comprende porque como á M. Laboulaye se le antojó titular uno de sus libros: *Paris en América*, tanto puede haber llegado á enamorarse de su fantástica concepcion que la tome por realidad, y acabe por creer que no es posible que los alemanes sitien á Paris sin atravesar el Océano.

Se me dirá que M. Laboulaye ha dado pruebas de tener juicio, y yo contestaré.

Si, tuvo juicio, y aun echó la muela  
Que tanto á los mortales desconsuela;  
Pero eso, vive Dios, debió ser antes  
Que de su luz perdiese los destellos;  
Pues luego dió en tratar con laborantes.....  
Y se volvió tan pánfilo como ellos.

El General Wimpffen pensó, lo que era natural y se le está ocurriendo á todo el mundo, que ántes de entregarse con 80,000 hombres, debia tratar de romper la línea prusiana por algun lado y escapar con la gente que pudiera. Dos veces se lo propuso al que se ha llamado Napoleon III, sin ser ese su nombre, pues él se llama Luis Bonaparte, y las dos veces contestó este que no le convenia exponer su preciosa existencia; sin embargo de que cuando empezó la guerra, el tal D. Luis hablaba de un modo tan particular, que recordaba al gascon del siguiente cuento:

Mas que vos voy arriesgando.  
Dijo un gascon en un duelo,  
Que no he de echaros al suelo  
Sino en el pecho acertando;  
Mientras vos, mal apuntando,  
Si me dais, por precision,  
Sin que me alcance la uncion  
Es fuerza que me mateis,  
Donde quiera que me deis,  
Pues soy todo corazon.

Tiene razon el Sr. Ferrer del Rio: la impunidad de los usurpadores quedaría asegurada si no se les pudiese atacar cuando mandan, porque mandan, y hubiera que respetarlos cuando caen, por haber caído. Y además, ¿qué cargos se le hacen hoy á Napoleon III? No recuerdo mas que los siguientes:

1º Que para usurpar el poder empleó el perjurio y la violencia.

2º Que prometió el imperio de la paz y ha vivido en guerra permanente.

3º Que ha echado sobre el país una deuda abrumadora por la inmoralidad de su administracion y por su empeño de meterla en aventuras peligrosas.

4º Que se embolsaba anualmente diez millones de pesos, cargados de mas en el presupuesto de la guerra.

5º Que gobernó despóticamente y mal.

6º Que, debilitando al Austria, hizo el caldo gordo á la Prusia.

7º Que llevó la vanidad al extremo de llevar de NN todos los edificios y monumentos públicos, no habiendo dejado una sola acuñacion antigua, porque no queria que una sola moneda dejase de llevar su hermoso busto.

8º Que no cumplió sus mas serios compromisos. (Dígalos su conducta con Maximiliano y con el Papa.)

9º Que quiso mezclarse en las cuestiones interiores de todos los países, empezando por el nuestro.

10 Que declaró la guerra á los prusianos á tontas y locas, exponiendo á su país á un desastre cierto.

11 Que mostró una incapacidad absoluta para el mando militar, sin embargo de la cual se empeñó en dirigir las operaciones, cuyos resultados hemos visto.

12 Que le faltó el valor personal con que hubiera podido salvar gran parte de su ejército, y prefirió entregarse de un modo ridículo á morir gloriosamente &.

Ya ven ustedes que no es mucho todavia lo que se dice de Luis Bonaparte: con el tiempo irá saliendo lo gordo.

En una representacion de *Antony*, drama que concluye con estas palabras dirigidas por Antony al marido de la víctima: «Ella se resistió y yo la he asesinado,» sucedió que, por un error, se bajó el telon antes de pronunciarse dichas palabras. El público pidió que se alzase el telon de nuevo, y como se tardase en complacerle, se preparó á invadir el escenario tumultuosamente; pero el telon se levantó, por fin, y la célebre actriz madama Dorsal, para acallar al público, dijo: «Voy á hacer saber en qué quedó la cosa, señores: quedó en que yo me he resistido y ese hombre me ha asesinado.»

Cuando el célebre Querubini daba lecciones de canto en el Conservatorio, fué á verle un joven alumno, de voz atiplada, y le dijo: «Le doy á V. las gracias por haberme recibido en su clase; pero aun deseo merecerle un favor, y es que me enseñe V. á tener voz de bajo.

Se nos pregunta que en qué quedó el poema de *Las Amazonas*, y contestamos que estamos esperando á que esas señoras entren en campaña para cantar sus proezas.

EL MORO MUZA, que ha mandado ya su cuota correspondiente á uno de los diarios habaneros, para contribuir al socorro de los pobres de Matanzas, ha visto con regocijo el decreto del Gobierno Superior Político de la Isla, destinando 800,000 escudos al objeto filantrópico indicado.

#### Charada.

Mi primera y mi segunda  
Son el símbolo de Aldama;  
Mi tercera es una yerba  
Generalmente estimada.  
Y es fama que los mambises  
Mi todo tienen, á cargas;  
Aunque nadie tiene tanto  
Como el famoso Quesada.